

CAROLINA LA BELLA

Escribe: JUAN FRANCISCO ORTIZ

— I —

DE PEPE A ROBERTO

Bogotá, 15 de diciembre de 1851

Querido amigo.—Ayer se puso en viaje para Chiquinquirá la familia de D. Gaspar. A las diez de la mañana estaban todavía dando vueltas en aquella casa, que parecía en completa revolución con los aprestos del viaje. Yo me situé a alguna distancia a ver montar a la familia. Sacaron un taburete i doña Laura subió a su sillón con bastante trabajo... está tan gorda! Dos mozos recibieron sobre almohadas, que tenían en la cabeza de sus respectivas sillas, a Carmelita i a Miguel, a quienes ha sido preciso llevar así, porque no pueden montar solos a caballo. Felipa, la negra encantadora, seguramente estaba disgustada... Se notaba un fuerte sonrosado en sus mejillas. Por fin salió Carolina con un largo traje de montar, una capita de paño color de pulga, i un sombrero de paja de Italia. Sus ricas trenzas colgaban por sus espaldas i un velo de crespón blanco medio cubría su rostro. Montó como una Amazona. Razón tienen los poetas para decir disparates. ¿Qué tiene de raro que los hagan los enamorados? Don Gaspar i su mayordomo cerraban la marcha de la caravana. Las cargas parece que habían salido desde temprano, i los arrieros tenían orden de esperar en Usaquen.

Cumpló con tu recomendacion, avisándote que la bella paloma ha estendido sus alas al viento, i vuela a los lugares donde se encuentra el gabilan.

Soi tu amigo que te envidio, i apesar de esa negra envidia, todavía te amo.—*Pepe.*

— II —

DE CAROLINA A ANITA

Simijaca, 19 de diciembre de 1851.

Mi pensada Anita.—Aprovecho unos instantes para ponerte con toda el alma estas cortas líneas.

Ayer, al ponerse el sol, llegamos a esta hacienda que queda en una hermosa esplanada rodeada de collados cubiertos de verdura. El llano es primoroso: las alamedas de sauce son bellísimas! Tantos ganados, tanta frescura, tan puro el ambiente, el cielo tan sereno!... Te repito que esto es encantador; es romántico!

Nuestro viaje ha sido triste i monótono. Mi madre siempre con sus achaques. Ai! pobrecita! ella no quiere alentarse! mi padre regañando continuamente a Felipa porque corría, porque se adelantaba, porque se atrasaba, por todo. Los chiquitos lloraban de cuando en cuando; i las bestias que llevaban nuestro equipaje nos ahogaban con el polvo que iban levantando del camino: eso no era romántico, mi pensada Anita! Así es que los campos de Cipaquirá, la laguna de Fúquene i el verde seno en que queda Nemocon, todo lo he visto por entre una nube de polvo. ¿Para que te he de escribir los malos ratos de las posadas? tú has venido por aquí, i conoces las escenas i sabes las costumbres.

Mi querida Anita! he llorado mucho. No he tenido gusto en nada, porque me vine dejándote a tí, i dejando en Bogotá mi corazón...! Qué viaje tan alegre si estuviera ya casada, i hubiera venido en compañía de!... Supongo que habrá sido muy formal i constante en visitarte, para hablarte de mí: yo no espero que venga, porque sus negocios no se lo permiten, ¿qué haré yo para que los corazones que se aman de veras, no tuvieran mas negocio ni mas ocupacion que la de amarse?

Mira, chinita, te suplico que cuando vayas a casa, pidas la llave de mi gabinete, i sacudas el polvo de las cómodas i el del piano que tanta falta me hace; cuida de ver mis canarios i de hacerles un cariño: los pienso tanto! Riega con tus lindas manos mis aromas i mis jeranios, para que los encuentre floridos a la vuelta.

Dame un abrazo, i recibe un puro i ardiente beso de tu amiga que te ama.

Carolina.

— III —

DE ANITA A CAROLINA

Bogotá, 20 de diciembre de 1851.

Hermosa Carolina.—No he recibido carta tuya, i sin embargo espero una magnífica relación de tu viaje, pues tú sabes decir las cosas, si echando a un lado la pereza, te dedicas a complacer a la amistad. El campo es muy bello, i en un viaje, aunque sea corto, siempre hai incidentes que entretienen i que divierten. Cuéntamelo todo, como cuando poniendo tus rosadas mejillas en mi cara, me hablabas fervorosa aquella noche (ya te acordarás!) en el corredor que sombrea el muelle pomposo cantado por tu futuro. Como que la alma del poeta se habia trasfundido a la tuya, i por eso me hablabas con una viveza de expresion, centellante como tus

negros ojos, i encendida como el fuego de tu corazon de paloma. ¡Que feliz el que merezca tu mano, Carolina, i tus cariños i tu confianza! Me he puesto, a pensar muchas veces que estoi mas enamorada de tí que tu romántico Teodomiro; i tengo razon para afirmarlo porque te conozco mas a fondo, i sé cuanto vales.

Ahora que digo Teodomiro, oye: anoche estuvo a verme, i conversamos una media hora. Ya puedes figurarte, Carolina, de quien nos ocupariamos, i qué nombre seria el que repetimos cien veces, i cuanto elogio, elogio no, cuanta justicia tributariamos al talento, a la virtud i a la hermosura. Hablaban a un tiempo un poeta, un amante i una amiga, tres personas reducidas a dos corazones que cada uno a su modo te idolatra i te adora.

Teodomiro estaba pensativo, tocado, abismado, en su idea. Yo veia dibujarse su persona en el espejo que tengo cerca de mi costurero: aquel en que se ha reflejado tantas veces tu talle encantador. Estaba pálido como la cera; su negra barba i su abundante cabello hacian un hermoso contraste con sus rasgados ojos, con su nariz bien delineada i con su soberbia dentadura. Teodomiro es un buen mozo, te lo digo Carolina, para que lo sepas, si es que no lo sabes, i te quiere mucho, en extremo, con furor, cifrando su gloria en creerse correspondido de una muchacha tan interesante. Me habló mucho de las bellezas de Alemania i de Béljica, paises que ha recorrido recientemente; ponderó la gracia de las francesas, concluyendo siempre por decirme, que en tí se realizan todos los sueños de su fantasia: el no te baja de la categoria de los anjeles, te compara con las flores, con la brisa, que sé yo! sabe tanto! i tiene un modo de decir las cosas como un libro. Al oirle creia que estaba leyendo un tomo de Zorrilla, o los cantos de Byron o de Espronceda. Pero tambien te digo que ese joven está loco, i que tienes que hacer que se sangre i se purgue ántes de que se lleve a efecto tu proyectado himeneo, porque es de aquellos que pueden morirse de un gusto. He estado absorta mirando el abismo de su corazon: he oido el ruido de sus pasiones tempestuosas. Es un jóven estremado, i asi tienes que encargarte de domesticarlo, porque ese hombre celoso seria capaz del suicidio, de la mayor locura. En sus ojos he visto un relámpago, una luz fatídica, una cosa sombría que me asustaba de vez en cuando: volvía despues a su sonrisa habitual, i entónces me parecia un corderillo durmiendo entre flores al lado de la madre. Tremendo es el jóven! Envuelto en su capa negra, con su chaleco de terciopelo i sus pantalones a cuadros, accionaba a veces para dar fuerza a sus palabras, tranquilo despues jugaba descuidadamente con la cabeza del estoque. Dijo que iba a escribirte. Alguna resma! Ya tienes con que entretenerne. Dijo despues que iria a las fiestas, que tiene mui buenos caballos; i a poco rato añadió: que tal vez no iria; suspiró, se acercó a ver tu retrato pintado al oleo por Espinosa, (retrato que habla), calló por unos instantes i despues lucieron sus ojos con aquel resplandor asombroso que me intimida. El reloj dió las nueve, i tomando su sombrero me hizo una elegante cortesía i se despidió, dejandome incierta de su marcha.

Por lo que te digo puedes formarte alguna idea de la visita del afortunado, del... yo no sé como llamarlo, de Teodomiro, de tu Teodomiro.

Mil cariños a la negra, i que me perdone que no le escriba, pues me preparo a hacerlo mui despacio. Me parece que no estaras disgustada: acabo de endulzarte el oido hablándote de lo que mas te gusta; i creo que bien merece mi decidido afecto un fraternal abrazo i un beso amistoso.

Anita.

— IV —

DE ROBERTO A PEPE

Chiquinquirá, 22 de diciembre de 1851.

Mi buen Pepe.—Ayer llegaron a Chiquinquirá, es decir que ayer vieron mis ojos el blanco pecho i los negros ojos de la paloma, ayer oi su tierna voz que remeda un arrullo, ayer...

Estoi sofocado, inquieto; me levanto a escribirte porque no puedo conciliar el sueño. Cuando me acosté resonaba en mis oidos la voz de Carolina, la veía, la tenia siempre a mi lado, creía estar oyendo de sus labios de flores la sencilla historia de su viaje; pero ya no me ama... algun secreto tiene en su corazon, i yo, necio! pensaba que era el único. Algun reciénvenido, algun extranjero, algun jénio salido del infierno es el que ha venido a perturbar mi felicidad. Quién será ese dichoso? Quién será el que... Tal vez son delirios de la fantasía: si, delirios de mi fantasía, porque es imposible que haya llegado a olvidar lo que fué, i lo que fui. Pero no es mujer? Oh perversa raza, que carga con la maldicion echada, en un jardín deleitoso, sobre la frente de la madre del linaje humano!

A media noche

Pedí mi caballo, i acabo de dar un paseo para refrescar mi sangre que hierva. No ha sido un paseo el que he dado, ha sido un galope: la luna estaba en su oriente i bañaba con su luz de perla estos bellos campos; el aire impregnado de rocío mojaba mi flotante cabellera. He corrido desalentado, loco, perdido, por librarme del demonio de mi corazón. He pasado por la casa donde ella duerme a estas horas, soñando tal vez alguna perfidia: quiza el galope del Cisne la haya despertado, o... No hai descanso para el que pena en la incertidumbre: por lo mismo no hai descanso para mí, mi querido Pepe.

Estoi esperando a mi primo Teodomiro que debe llegar mañana: me escribe que viene a pasar unos dias aquí, para ver si disipa un poco ese mortal *spleen* que trajo de Inglaterra. Pobre Teodomiro, yo lo estimaria mas sino fuera tan anglómano, i me serviria de mucho consuelo sino fuera tan romántico. Me ha dicho que está enamorado de Felipa, beldad de segundo orden comparada con Carolina. Es lo que yo digo: estos mozos que salen de Bogotá a viajar por el extranjero, sin principios, pervierten su gusto en sus correrias i vuelven insufribles. Teodomiro se pica de escéntrico, i afirma que la vivacidad de Felipa es la adecuada para desterrarle

el *spleen*. Ciertamente; quince años, una boca tan fresca, unos ojos que miran adelante, sin saber todavía el camino de los placeres, unos brazos tan redondos i un seno que se subleva contra el corsé, son aparentes para hacerle vomitar toda la flema británica.

Mi querido Pepe, no niegues un poco de compasion a tu amigo, que en verdad la merece. Tu, abroquelado con tu prudencia, atrincherado en tus teorías, parapetado con tus principios eres un filósofo a los treinta años, como Teodomiro es un jóven aburrido de la vida a los veinte i seis, i yo soi un loco de atar a los veinte i cuatro. Entre los tres te llevas la palma, pues ciertamente, si has gozado poco has sufrido ménos. Ai de los hombres que apetecen lo mejor, i buscan el mas florido pimpollo entre los zarzales espinosos de este mundo! Ai de los que quieren satisfacer su vanidad, si esa vanidad es inmensa! Ai de los que, como yo, no ven entre las sombras del porvenir sino el desengaño o la muerte!

Las fiestas están mui concurridas con tantos peregrinos que vienen a pagar su promesa a la Madona de Chiquinquirá. Nos amenazan con famosos bailes, i si Carolina tiene la bondad de asistir a alguno de ellos, ya puedes asegurar quien será "la reina de la gracia i de la hermosura", como decian los paladines en los antiguos tornéos.

No sé lo que escribo, no sé lo que quiero, solo sé lo que amo, i que soi tu amigo, que no merece que lo envidies, a no ser que los filósofos i los felices deban envidiar la suerte horrorosa de los hombres apasionados.—*Roberto*.

— V —

DE FELIPA A ANITA

Chiquinquirá, 22 de diciembre de 1851.

Mi querida Anita.—Estamos mui contentas: yo estoi que bailo en un pié, apesar de los regaños de papá i de las reservas de Carolina.

Figúrate que salgo por las mañanas a ver ordeñar, i ya tengo un ternerito que me quiere mucho i me lame las manos. Es un ternerito blanco, con la cara pintada de negro, i me lo voi a llevar para Bogotá con la madre, cueste lo que costare. Mi papá sabe mi pensamiento, i aunque al principio dijo que no, fué tanto lo que lo importuné que al fin ha dicho que sí. Muchas gracias, mi querido papá! ¿Para qué sirven esas onzas viejas que tiene guardadas, sino para darle gusto a su *juiciosísima* Felipa? Eso es! a su negra encantadora como dice usted, cuando está de buen humor.

Figúrate Anita, que cuando vuelvo de ver a mi ternerito, a mi cielo de cara pintada, salto por el arroyo, i cojo rosas a manos llenas hasta que me canso, i pongo mi sombrero adornado con ellas que parece una canastilla: ayer se rieron mucho cuando pasé por la plaza como disfrazada, con gargantilla, alfiler, pulsera i cinturón de rosas. No sé que día de esos, me entró la humorada de meterme a cazadora de mariposas, i

coji muchas blancas, negras i amarillas; pero ai! una azul, grandísima, con las alas plateadas se me escapó; yo corri, la perseguí, pero me embarré las medias i los zapatos. Al regresar a casa estaba papá furioso, porque no habia vuelto a la hora del almuerzo; pero al verme tan embarrada i a pesar de esto tan carialegre, no pudo contenerse i me dió un beso en la frente. Por supuesto le he prometido que seré mui juiciosa, i esto pensando en ello.

¿Qué te diré de los nidos de pajaritos que he descubierto? Figúrate sobre todos uno que hai entre unos jazmines silvestres, cerca del camino que va para Hato de Burras. Ah! qué nombre tan cansado i tan de mal tono, i puesto a una hacienda que tiene bellísimos campos! El nido está formado de pajitas i de plumas, i tiene dos huevos *chiquirriticos*, así, azulados i con unas pintas pardas primorosas. La pájara, que me vió llegar ayer saltó a una rama, i volaba i revolaba como queriendo picarme. Alma mia! ¡quién le iba a quitar sus huevitos! Habría sido un sacrilejio! No tengo corazon para esas chanzas! Todos los dias voi a ver cuando pican los polluelos la cáscara, i he de seguir observándolos hasta que alcen el vuelo i se vayan a otra parte. Entónces cojeré el nido vacio para ponerlo en una de las bombas de cristal que tengo en mi gabinete, compraré un pajarito disecado para que duerma allí, i esa me traerá a la memoria mis paseos i travesuras por los alrededores de Chiquinquirá.

Anoche tuve que acompañar a Carolina en un duo de la *Somnábula*, porque has de saber que aquí hai un piano viejo. Un piano del tiempo de la conquista, en el cual sin duda se entretendria Mr. Quesada cuando estaba cansado de cazar indios, como si fueran mariposas. No sé cómo Carolina no reventó de la cólera, pues me propuse echarle a perder el duo, dando todas las voces discordantes. Sin embargo, dijeron que habia sido primoroso, admirable! Despues empezaron a discutir el programa de una tertulia casera, discusion para la cual tuvieron el capricho de negarme un miserable voto. No hago caso de niñerías; si sale mala, allá se las haya! Me reiré como una loca.

La tertulia será pasado mañana, cuando haya llegado Teodomiro, romántico insoportable, que aunque es mui buen mozo i mas mi primo, muele i atornilla bastante con su *very well*, i con citar a las noches romanas i sus viajes por el Rin. Sí.

Cuando llegue a la edad de casarme, pues no he cumplido los catorce, si se me presentara uno de esos románticos, ai mi hijita! seria yo la mujer mas feliz, para tener el gusto de darles unas calabazas de marca mayor, i echarlo a rodar con su *spleen*, con sus anteojos i con su *chivera*: yo pienso de otro modo: a mi no me vengan con ficciones ni con embelescos, me gusta el talento; pero con viveza i naturalidad, i sobre todo, buen jénio, i hombría de bien. Supongo que esta le sobra a Teodomiro.

Parece que basta por hoi: luego te escribiré dándote razon del baile, i de todo lo que impresione el corazon de esta tu negra que te ama mucho; pero sin pisca de romanticismo.—*Felipa*.

P. D. Eso que digo de Quesada parece que es un chabacanismo, o anacronismo como dice papá.

— VI —

DE TEODOMIRO A ROBERTO

Bogotá, 21 de diciembre de 1851.

Mi querido Roberto.—Por fin pude desembarazarme de cierto negocio, i sigo a ver a nuestra querida prima; i aprovecho antes la ocasion de darte este aviso, para que no te sorprenda mi llegada.

El criado que lleva esta carta, conduce mis caballos con el objeto de dejarlos en los lugares que le he indicado, para que me sirvan de remuda, porque pienso salir mui temprano el dia de Noche buena, almorzar en Cipaquirá, comer en Susa, i asistir al baile en Chiquinquirá. Tal es mi programa. Va tambien un corto equipaje, pues deseo que no me falten las comodidades de que disfruto, merced a la mucho que mi padre ha trabajado para llegar a ser millonario; no quiero que me falten jerez, ni habanos, ni camisas de lino, etc., etc. No puedo concebir como en este país pueden algunos *dandys* ir a fiestas con una muda de ropa: para mí seria un suplicio.

El humor sigue mui destemplado; veo cubierto el cielo como de un fúnebre crespon, i si silvan los vientos creo que oigo el canto agorero de la ave del sepulcro. Daria mil onzas de oro por curarme del spleen; i no lo echas a broma, qué? No es el *spleen* una enfermedad, como otra cualquiera?

Si la casa en que vives no es mui capaz, alquila otra i no repares en gastos. Quiero estar a mi gusto; pues deseo, despues de allanar cierta resistencia, acabar de escribir mi poemita aquel, titulado “La virjen de la Sabána”, i tengo para mí que bajo un lindo cielo, i viendo unos hermosos ojos me ha de venir la inspiracion a torrentes.

Good bye to you, mi friend.

Adios, adios!—*Teodomi*ro.

— VII —

DE FELIPA A ANITA

Chiquinquirá, 23 de diciembre de 1851.

Estimadísima amiga.—Vuelvo a anudar el hilo de mi relacion.

Hemos tenido una tertulia i dos o tres bailes formales, con sus correspondientes cuadrillas, sus walses de Straws, su poco de polka i una tontería norteamericana que llaman el *Shiothis*. La música era bogotana, los vinos extranjeros. Los bailadores tomaban mucho brandy, cosa que me molesta infinito, porque echan un tufo detestable. Lo mismo es en Bogotá: las mujeres estamos encadenadas a la sociedad, i tenemos que sufrir sus impertinencias.

La tertulia fué en casa; la sala es decente con una lámpara en el cielo raso. La música se componia de un violin, una guitarra i una bandola punteada por aquel chiquinquireño Jerónimo Pérez que se lucio tanto

en la filarmónica. Es una bandola de primer orden i yo soi tan decidida por ese jovial instrumento que al oirla me puse alegrísima, i todos participaron de mi buen humor: mi padre sobre todo i mamá estaban en sus glorias viéndonos bailar a Carolina i a mí. Bailamos Bambuco, San juanito, que es una especie de cuadrilla granadina, la Danza cubana, i lo que llaman La Caña. La funcion terminaria a las once (sin brandy i por lo mismo sin molestias), pues era de mucha confianza.

En el último baile la cosa estuvo mas formal. Carolina i yo ibamos con trajes color de amaranto, guirnaldas blancas, los corpiños a la Fornarina, i las mangas rasgadas como para dejar ver una especie de camisa. Mi hermana estaba guapísima; i aunque aseguran que el sol de casa no alumbraba, debo confesarte que me pareció mui digna de ser hemana mia, hermana de la Negra. Los hombres la miraban arrebatados de admiracion, i no hacian caso de las otras niñas que habia en el baile, qué! ni aun de mí, que es cuanto puede decirse: me parece que nos sacaban a bailar por puro cumplimiento. Carolina se llevaba los aplausos i las miradas de todos.

Roberto i Teodomiro estuvieron bastante serios: a la media noche se retiraron bruscamente con muestras de visible disgusto. Me figuro que habrá sido alguna boberia, de esas a que suelen dar los señoritos mas importancia de la que merecen. Nadie sabe la causa hasta ahora. Hoi llegó un criado a las diez, a entregarnos unas tarjetas mui lindas en que ámbos se despedian para Bogotá. Tendrán allá sus negocios, o tal vez sus amores. ¿No te parece? A lo ménos no puede atribuirse tan repentina marcha, sino a algun motivo mui importante. Quién sabe como les habrá ido en el camino, pues el tiempo ha cambiado de repente i ayer llovió bastante, i hoi amenaza mui mal tiempo. Qué harán mis mariposas, i los pajaritos?

Carolina ha estado mui triste i ha llorado mucho por los primos: es una santa mujer! Ponerse a llorar como una criatura por unos jóvenes ricos, instruidos, a quienes no les falta nada i que tendrán sus amorejos en Bogotá. ¡Qué tontería! Yo por mi parte solo lloraré cuando haya causa para ello. Una lágrima! Una lágrima derramada por una hermosa vale mas que un diamante! I Carolina las derrama así por la ausencia de unos primos que viven felices, i que tal vez no habrán vuelto a acordarse de nosotras ni de Chiquinquirá?

Anita, aprende a cumplir una palabra, pues te he escrito una carta tan larga; no me dejes esperando tus letras, pues soi tu negra, i la mas juiciosa de tus amigas.—*Felipa*.

— VIII —

DE ROBERTO A PEPE

Ubaté, 27 de diciembre de 1851.

Pepe.—El velo se ha rasgado! ¡...Por fin veo claramente... Un abismo de perfidia!!!! Los hombres hacen renegar i maldecir de la amistad! Oyeme, Pepe, i sabras infamias que te admiren!

Llegó Teodomiro: nuestra vida al principio era regular: le habia buscado el mejor alojamiento, viviamos en la mayor confianza. Yo le hablaba de Carolina frecuentemente con el mayor entusiasmo, él me oia siempre silencioso i distraido: lo cual era de atribuirse, i lo atribuia yo en efecto, al *spleen*, a ese fastidio, a esa abundancia de corazon, a ese aburrimiento que los jóvenes recién llegados de Europa suelen experimentar los primeros días de su residencia en el país.

Tuvimos una tertulia casera, i tres bailes tan buenos como pueden presentarse en Bogotá. Tanto en aquella como en estos no pude ménos de reparar que cuando yo sacaba a Carolina a bailar alguna pieza, ya Teodomiro se me habia anticipado. No puedo, Roberto, bailar con U., me respondía, porque me ha sacado Teodomiro, bailo con Teodomiro, pongo con Teodomiro la contradanza; i así solo tal cual valse como robado podia bailar con ella. Por casualidad lograba verla entre mis brazos, pero la hallaba tan fria, tan mudada, que no me atrevia a dirigirle ni una sola palabra. El verdadero amor es siempre tímido i respetuoso!! Oh! que desengaño! Bailaba despues, por distraerme, con Felipa la cual me divertía con sus chistes i con sus ocurrencias. Si acaso le preguntaba, dígame, Felipa, ¿qué tendrá Carolina? Ella me respondia: es que tiene un poco de *spleen*, i está pensando en Inglaterra: la culpa la tiene Teodomiro; pero no tenga U. cuidado, ese mal le durará poco; Carolina cojea del lado de la inconstancia.

Ai! yo, que la he amado tanto i con tanta sinceridad, debia esperar, i ella me hacia esperar otra cosa. ¿Porqué no decirme desde el principio, U. no me gusta, no puedo amarlo? pero lejos de eso despues de una conquista formal, ¡cuántas pruebas no he recibido de su cariño! Maldita sea la ausencia! Una ausencia de tres meses bastó para ser vilmente suplantado, i por uno a quien yo reputaba por mi verdadero amigo! Despues de lo que me ha pasado, oh Pepe! tiemblo ya de decirle a otro hombre: U. es “mi verdadero amigo”. Pero debo informarte de lo sucedido, i lo haré rápidamente.

Anoche que fué la última de mi mansión en Chiquinquirá, habia salido a un corredor, i me paseaba allí abismado en las contemplaciones de tan repentino cambio, echando miradas a la sala, i siguiendo todos los pasos de Teodomiro. Este se acercó a Carolina, se hablaron en voz baja, ella sacó del seno un durazno i se lo dió; yo lo ví, él lo cojió, lo besó i lo guardó en el bolsillo del chaleco. Esto pasó mas pronto que te lo escribo. Para qué queria saber mas?

Teodomiro me engañaba: diciéndome que amaba a Felipa, habia puesto sus ojos en Carolina.

Teodomiro me traicionaba cobardemente.

Teodomiro, no solo me traicionaba, sino que me insultaba con des-
caro.

Pasaba por mis ojos una nube de fuego: toda la sala me pareció que ardía en vivas llamas, i que veia dar vueltas a los concurrentes, entre un torbellino de llamas, como en las danzas de la muerte pintadas por Offman. Sentí que el corazon se me rasgaba de ira i de dolor; sentí un dolor en la cabeza, como si me hubieran herido con una hacha; sentí que me iba a desmayar i tuve que apoyarme de la baranda del balcon para no caer.

Así pasaron unos cortos minutos: entónces entré a la sala, llamé a Teodomiro, él tomo su sombrero i nos despedimos. Bajamos en silencio la escalera: en el zaguán me preguntó, para qué lo quería? Tengo que arreglar contigo una cuenta, porque eres un... No hai que dar escándalo dijo él. Ya lo entiendo, le contesté. Llegado que hubimos a la casa, toda la esplicacion que me dió, fué confesar de llano en plano su infame conducta. Tentado estube a descolgar mi puño i atravesarle el fementido corazón, dejándolo muerto a mis pies; pero me contuve. Me propuso que nos batiéramos en Bogotá; convine con la proposición i señalamos la marcha para la mañana de este día. Yo dormí con las pistolas cargadas en la cabecera de la cama. Parece que él no ha podido dormir.

Esta mañana salimos de Chiquinquirá, i hemos llegado aquí, desde donde te escribo, para que sepas cual ha sido el fin de las fiestas. Mi carta llegará, apénas con algunas horas de anticipacion.

Figúrate que viaje de regreso, sin hablar una sola palabra, i desafiodo a muerte; pues nos vamos a batir sin testigos. El duelo así es bárbaro; pero he convenido en que sea lo mas bárbaro posible! Si mato a Teodomiro, me quedaré a saber que lo ha llorado la infiel. Quiero saber si el daño que hace una bala en el corazón de un pérfido, puede curarse con el llanto de una hermosa. Si él me mata! ¿Cómo me ha de matar? Eso no puede ser! El está correspondido i la mano le ha de temblar precisamente. La felicidad disminuye el valor, la desgracia lo aumenta.

¡Cuando se han de imaginar los que mañana nos vieren pasar tan jóvenes, i montados en arrogantes caballos, que uno de nosotros se va acercando al cementerio de Bogotá! El mundo tiene máscara ¡felicites los que como tú lo ven sin ella, i por eso lo miran con lástima o con desprecio!

Sé que no podré dormir, pero el conductor de esta carta debe marchar ahora mismo, para cojernos alguna ventaja. No te digo el sitio del combate; pues eso sería empeñar a la amistad a que levantára un dique a las olas de la venganza i de la indignacion.

Carolina, Carolina! ¿quién te ha amado como yo? Sin tí para que quiero la vida? Voi a mandar que encillen los caballos porque cantan los pajarillos anunciando la venida de la aurora.

Pepe, adios!—*Roberto.*

— IX —

DE ROBERTO A CAROLINA

Bogotá, 28 de diciembre de 1851.

(*A la media noche.*)

Ingrata!—Llegamos a las siete de la noche i hemos posado en casa de Teodomiro: escelente señorito que sabe pagar con lealtad la hospitalidad que ha recibido en Chiquinquirá. Salimos de Ubaté esta mañana: no lo hemos hecho tan mal.

Estando en la víspera de un duelo a muerte ¿a quién mejor puedo dirigir esta carta, que a la que lo motiva con su veleidoso proceder?

¡Quién me hubiera dicho cuando estuvimos en Simijaca, Carolina, i dábamos aquel paseo por los jardines, (tú apoyada en mi brazo) que aquella sonrisa, ocultaba una perfidia. Mujer! oh Mujer! Cómo es que podías sonreírte, si estabas jugando con un corazón que tenías a tus pies? Ese corazón era el mío! ¿No temías que se trasluciera alguna vez el secreto de tu conducta? Eres honrada, eres hermosa, tienes diez i ocho años: si te casabas con Teodomiros, no podías engañarme; i si me preferías, tampoco debías burlarte de Teodomiros. ¡Qué! ¿No veías abierto ya un sepulcro para uno de tus primos, casándote con él o conmigo? Conmigo... no! ya he levantado del polvo mi corazón, i lo sabré guardar para una que lo merezca, porque sepa apreciarlo.

Hubo un tiempo en que ese corazón nadaba en un piélago de amor i de delicias; en ese tiempo soñaba con tu hermosura, deliraba con tus encantos i pretendía con furor tu mano como la suprema felicidad, que podía apeteer en la tierra; pues mi amor era noble como la sangre de mi padre i limpio de intereses mundanos como la verdadera virtud.

Sé que tienes mas de cien mil pesos de dote, niña, pero yo también soy rico, i no necesitaba de tu dinero para nada; te habría dotado en una gran suma, sin aceptar la que me trajeras en dote. Tú sola, pura, virgen, inocente, como saliste del seno de tu madre, Carolina, i nada mas que Carolina, eso era lo que yo quería, i si hubieras sido pobre, mejor! Pregúntale ahora a tu primo si es capaz de tanto desinterés? Yo te amaba por tí, solo por tí, no por lo que tenías, ni por lo que esperabas tener. Grande i bello era mi primer amor que se levantaba en el alma como un templo magnífico donde era adorado un ídolo: ese ídolo eras tú. Un soplo de tus lábios ha desbaratado el templo, el ídolo no parece, el templo está desierto, reina allí una espantosa soledad, porque todas las pasiones han hecho silencio para que se oiga la voz de la venganza. Oh! venganza terrible!! I faltan ya pocas horas! Cuando esta llegue a tus manos estará completamente satisfecha.

Mis pistolas son magníficas, i tengo la mano mui certera i mui ejercitada. ¿No ves como escribo ahora sin notable alteración en el pulso? pues mañana sabré disparar con sangre fría para no errar el golpe. ¿Cómo lo había de errar si lo dirijo a tu pecho, i tengo la vista acostumbrada, porque la he fijado tantas veces en el lugar que ocupa tu corazón? No es a Teodomiros a quien buscará la bala de mi pistola, es ese blanco pecho, es ese corazón traidor el que deseo atravesar. Teodomiros, visto a luz de su mal proceder, es un ente insignificante que no merece sino mi desprecio; pero tú no alcanzas a pagar, con el tesoro de tus lágrimas, la desolación en que quisiste poner el corazón que te amaba con tanta ternura, i jenerosidad.

Al que se muere lo entierran: he aquí la historia de Teodomiros. Yo pienso quedarme por una temporada en Bogotá, para tener el gusto de verte algunas veces, o de que oigas el galope de mi Cisne, cuando pase por enfrente de los balcones de tu casa. Sabré si te has desmayado al oír la triste nueva, i si al volver de tu desmayo han corrido tus lágrimas,

como perlas sobre las flores de tus mejillas; si te has rasgado el blanco pecho enfurecida, o si loca de sentimiento has invocado cien veces un nombre, sin que nadie te haya respondido, porque el sepulcro de un amigo traidor, aunque esté bañado por un río de lágrimas, está rodeado siempre de sombras misteriosas i de profundo silencio. Es preciso que te pongas luto: un traje de terciopelo negro que dibuje perfectamente los contornos de tu cintura i de tu pecho puede convenirte, con una pequeña gola de batista. Creo que no me negaras el inocente placer de verte así, mas linda que la casta luna, cuando se asoma por el oriente, encima del Monserrate, derramando por los estendidos horizontes de la sabana su benigna claridad. Eras adorable cuando me correspondias, interesante cuando me traicionabas; qué encantadora te pondrás en tu duelo!!

Tranquilizado el corazon de esa manera, pienso vender algunas fincas de las que me dejó mi padre, i reducirlas a dinero para ponerlo en un banco de Europa: con una renta de veinte mil pesos se puede vivir en esas ciudades que abundan en placeres. Tal vez fije mi residencia en Nápoles; pero pasaré algunas temporadas en Lóndres i en París; i es probable que en aquellos círculos encuentre algunas bellezas que me finjan amor; mas no pienso encontrar una que se porte como tú, porque no es posible que exista.

Tengo que escribir aun otras varias cartas, i por eso no sigo hablando contigo; tambien por que me voi enterneciendo, al pensar cuan poco duró mi felicidad i como volaron las preciosas horas de un amor tan puro i tan ardiente. Yo me engolfé en la pasion, i no sabia que tu me ibas a ahogar en ella, que, al saberlo, habria hecho todo lo posible para no agotar la copa de la esperanza. Ahora que se acaba el convite que me habias ofrecido, la arrojo al suelo, para que se derrame el licor, pero brindando a tu salud.

Se oye un ruido... Ah! es el huracan, es un trueno lejano. Oyes! la descarga de una pistola! el huracan vuelve a zumbiar como remedando la voz de una mujer que jime.

Oh! Carolina! oh Carolina! quién no te hubiera conocido!

Roberto.

— X —

DE TEODOMIRO A CAROLINA

Bogotá, 28 de diciembre de 1851.

Soi el mas infeliz i al mismo tiempo el mas afortunado de los mortales: afortunado porque no dudo de tu amor, infeliz porque me hallo precisado a escribirte esta carta, cuyo contenido te horrorizará i te hará derramar muchas lágrimas. I yo tengo la culpa de tanta pena? Yo que hubiera querido que fueran mas leves las alas de los vientos para tocar tu frente o tus encendidas mejillas? Yo que te amo como nadie ha amado en el mundo? Oh hermosa! encantadora amiga de mi alma!

Temo que me va a suceder alguna atroz desgracia; la presiento i se me oprime el corazon. Pudiera guardar silencio, pero no quedaría satisfecha mi ternura sino te pusiera estas líneas. Te quejarías de mí, si pudiendo no te hubiera dicho adios. Mui melancólico es escribirte esta carta, para que sepas que mañana me bato con Roberto, i que el duelo es a muerte. Si: es cosa que despedaza el corazon! I cuando me halagaba el pensamiento de que verificado nuestro matrimonio seguiríamos a Europa, a aquella hermosa quinta sobre las orillas del lago de Jinebra, de que te he hablado tantas veces. Allí quería yo, apartado del mundo, enmedio de aquella profunda soledad, viendo las estrellas reflejarse en el lago por la noche i la cara del sol por el día, entre aquella romántica naturaleza, entregarme enteramente al culto de tu amor, i a mis estudios predilectos. El panorama de una existencia libre e independiente, al lado de una esposa querida, con sobradas riquezas para satisfacer nuestros gustos, i para derramar a nuestro alrededor el gozo i el contento, era un panorama tan lleno de poesía que mal pudiera el hombre decir yo puedo realizarlo; sin embargo, sin este funesto desafío, yo no perdiera la esperanza.

Te repito que tengo un presentimiento funesto. Yo no sé manejar las armas, solo sé manejar los libros, i si me bato es por la opinion. ¿Que dirian de mí? Que el hombre a quien Carolina ha alzado del polvo para coronarlo con los laureles de la esperanza, humillaba su frente delante de un adversario. Esto no puedo consentirlo; i sin embargo mis principios filosóficos, mis ideas relijiosas i el amor que te tengo se levantaron ahora hace poco para argüirme en el tono mas solemne. Si eres cristiano no combatas, porque la relijion te manda perdonar. Si eres filosofo no combatas, porque la sangre que se derrama no justifica la causa que se defiende. Si la amas no combatas, porque la pierdes. Tales eran las voces que hace poco oia en el silencio de mi conciencia, i estuve a punto de decirle a Roberto que mis convicciones me prohibian aceptar el duelo: que me atacara, que yo procuraria defenderme; pero ha vuelto la opinion a decir. ¿Cómo consientes que mañana todos te señalen con el dedo, i que un mozo enojado i con razon ofendido te escupa la frente en presencia de tus iguales. No; eso no. Mil veces la muerte ántes, que deshonrado a los ojos de Carolina.

La suerte está echada! Quien pudiera vislumbrar siquiera una esperanza!

Cuando recibas esta carta... Tiemblo al terminar esta frase... Cuando recibas esta... ya no existirá tu Teodomiro; pero conserva mi memoria. Ai! te he amado tanto! eras todo para mí. No te engaño. Tu hermosura, tu virtud, tus gracias eran el tema constante de mis meditaciones, i a fuerza de reflexionar, i de amontonar observaciones al rededor de una idea, he venido a creer firmemente que eres la mejor de cuantas mujeres han visto mis ojos en la tierra de la patria o en el extranjero.

No me olvides, hermosa! no me olvides! Mi sombra se regocijará si sabe que acá en el mundo, a despecho de la muerte, vive mi nombre en el corazon de un ángel; cuando pasado el ímpetu primero del sentimiento empiezen a sosegar poco a poco en tu pecho las olas del dolor, para dar lugar a una dulce melancolia, i te acerques pensando en mí, a llorar sobre

el marmol de mi tumba, saldrá mi espíritu, i juntándose con los vientos de la tarde, jugará con tus largos cabellos i abrazará tu cintura. Pero ¿cuándo es que los ánjeles han llorado sobre la tumba de los hombres? Ni qué sepulcro ha de concederse a un jóven que, contrastando el poder de las leyes, cae en el campo que llaman *del honor* los que adoran las opiniones del mundo? Yo no tendré pues un sepulcro, asi tu no podrás ir a visitarlo.

El ánjel que habia prometido acompañarme en el viaje de la vida, ánjel lleno de pureza i radiante de hermosura ese eras tú, i tú no hallaras el sepulcro de tu amigo para derramar en él una lágrima, o para regar unas rosas i unos pensamientos.

Al dejar las riberas de la existencia, perfumadas con el aura de los placeres, tiendo la vela ácia rejiones desconocidas, ai! la vela de mi barquilla henchida por los vientos de la juventud; i mañana el sol al ponerse, no dorará con sus rayos mi frente cargada de altivos pensamientos. Mis lábios iban a probar una, copa en la cual habias exprimido la escencia de las flores mas olorosas; pero el destino ha dicho *stop!* detente: tu no eres digno de libarla.

Oh! qué noche tan cruel es esta, Carolina! Cómo no vienes a librar a tu amigo de la angustia que lo despedaza en la lucha de tantas i tan dolorosas reflexiones? La relijion, la filosofia i el amor combaten en mi pecho contra la opinion aceptada i recibida; pero esta vence i triunfa: me hallo en una horrenda crisis; veo congregado a mi alrededor todo lo que pierdo de un golpe: padres, hermanos, amigos, una madre que me ha amado tanto, mis riquezas, mi posición social, i detras de todas esas figuras, me llama un ánjel hermosísimo con los brazos abiertos, i mas allá se descubre un campo desierto, sobre el cual están revolando las aves de rapiña; i el viento que zumba azotando los cristales de mi aposento, me parece que trae aquel adjetivo *infame*, que pronunció delante de mí este jóven con quien me voi a batir mui pronto.

Yo me arrodillo para pedir humildemente al cielo que me perdone, i para besar tus pies i regarlos de lágrimas, confirmándote el juramento de mi amor. Si sobrevivo, tuya es mi mano, tuyo mi porvenir, tuyo seré i no de otra. Tú has comprendido lo que mi corazón apetece en medio de su desdeñosa arrogancia.

Un abrazo a Felipa; la he amado como a una hermana, cuando en tí se confundian todos los delirios del amor con las ternuras de la amistad. I qué todo esto haya de acabar, i tan pronto! Oh triste corazon mio! no puedo conformarme!

Tengo que enjugarme los ojos, pues no veo lo que escribo, sino por entre una nube de lágrimas, que son las gotas de la lluvia de la tempestad de mi corazon. Adios, amor mio, mi felicidad, mi esperanza! Adios, Carolina! I con toda el alma, cien veces, Adios, Carolina!

Teodmiro.

Guáduas, 18 de enero de 1852.

Apenas vuelvo de mi sobresalto, de mi asombro...

“¡Maldito el día en que nací i la hora en que se dijo: un hombre ha sido enjendrado!”.

Mis manos se han manchado con sangre! Una familia entera jime ahora en la desolacion...

Roberto no existe!!!

Yo le he dado la muerte!

No tengo reposo, ni sosiego: mi alma está perturbada, mi pecho palpita i parece que se rompe. El sueño huyó de mis ojos. Paso los días i las noches en mortal congoja... El remordimiento se me presenta con una pistola en la mano: veo correr a piés un reguero de sangre: oigo caer al suelo una víctima, i las brisas de la tarde i los vientos de la noche, parece que repiten sin cesar estos tristes acentos. “Cain! Cain! qué has hecho de tu hermano?” i mi conciencia los traduce: “Teodomiro, qué has hecho de tu amigo?”.

Venceré el horror que me causan tan amargos recuerdos, para pintarte algunos pormenores de aquella escena de sangre, a la cual contra mis sentimientos, tuve la debilidad de asistir.

Roberto i yo dormíamos en una misma alcoba, el veintiocho por la noche, i ámbos gastamos una parte de ella en escribir: me acosté rendido de cansancio i me quedé dormido.

Me parecía que estaba en el lago de Jinebra, casado ya i con familia. Mi esposa conocida con el nombre de “*Carolina la Bella*”, estaba sentada junto a mí, con nuestros dos hijos, en un barco de pescadores, era la hora melancólica de la tarde en que las sombras bajan i se estienden por las orillas del lago. Las estrellas empezaban a brillar en la bóveda del cielo, i por do quiera que volvíamos los ojos encontrábamos paisajes encantadores, quintas primorosas, arboladas magníficas i rebaños que se acercaban lentamente a sus apriscos: oíamos la flauta de los zagales, i el ruido de algunos buques de vapor, que cortaban las aguas como mónstruos marinos, dejando en pos de sí una larga cabellera de humo, que se destrenzaba soberbia sobre las ondas pacíficas del lago. Yo estaba reconcentrado, gozando de mi felicidad, i gustaba el bien que, por las jenerosas manos de Carolina, se derramaba en las chozas de tantos infelices a quienes ella socorria con nuestras riquezas, como si fuera madre de los pobres, o un ángel mandado por Dios para hacerme completamente feliz, i a ellos ménos desgraciados. Carolina tenia en su frente unas flores que acababa de cojerle en la ribera; i sus cabellos hermosísimos, flotaban al soplo del viento, i venian a jugar sobre mi rostro: yo cojia aquellos dorados anillos, i los besaba, cuando oí una voz que dijo: —Teodomiro! ya va a amanecer!... Era la voz de Roberto.

—Están preparados los caballos? le pregunté.

—No; pero estarán listos ahora mismo, contestó, i llamó a uno de mis criados.

—Están cargadas las pistolas? le dije.

—Las mías sí, me respondió.

Entonces saqué de una caja unas que tenía sin estrenar, pues me habían llegado de Inglaterra hacia pocos días, i me las puse en el bolsillo. Tomé el sombrero i bajamos las escaleras. A qué hora se prepara hoí el almuerzo? preguntó uno de los criados. A la hora acostumbrada, le dije, i montamos.

Bajamos a la calle del Comercio, pasamos por la plaza Bolívar, seguimos las calles de la Carrera, de San Agustín, Santa Bárbara i las Cruces, hasta que llegamos mas allá del Hacerío, donde se estiende el llano en que queda la casa de San Vicente.

Allí nos desmontamos, i atamos los caballos a unos matorrales.

Hacia poco que había amanecido. El llano estaba húmedo con la lluvia de la noche anterior.

Roberto estaba pálido, i tenía grandes ojeras. Llevaba una capa con mangas. Yo me quite el capote de invierno que traía, lo doblé, me senté encima de él i me puse a mirar la ciudad con una tristeza indecible.

Perdemos el tiempo, dijo Roberto, i esto ha de despacharse. Al decir así, disparó su pistola. Unos pajarillos que dormían en sus nidos entre los zarzales huyeron espantados: los caballos se asustaron i halaron furiosos de la brida. El se acercó con su pistola para que las cargáramos lealmente en presencia uno de otro. Sacó unas balas i me las dió para que viera que tenían el peso conveniente: echó una a su pistola yo eché otra a la mía, atacamos i pusimos los fósforos.

A cuántos pasos? preguntó.

A los que quieras, respondí.

Quieres a veinte? Pensé que era gallardo disminuir un poco la distancia i le respondí: tiremos a quince.

Bien, mui bien, contestó Roberto con desenfado.

Cuál es la señal? dije.

La campana de la Catedral contestó. Saqué mi reloj i vi que eran las cinco i veinte i siete minutos.

Parados con el brazo estendido i las pistolas encaradas esperamos el golpe del reloj.

La campana sonó. Fuego, gritó Roberto, i disparó al mismo tiempo.

Yo disparé tambien, las balas se cruzaron i cayó bocabajo.. .

Me has herido gritó Roberto. Corrí a socorrerlo, pero ya no existía. La bala le había atravesado el corazón. Tambien salí yo levemente herido.

Lleno de miedo i sumamente perturbado monté a caballo, volví a la casa, saqué algun dinero i seguido por uno de mis criados salí corriendo como si alguno me persiguiera.

En el Arenal paré para reparar la herida, el muchacho me la vendó con un pañuelo, no desangraba mucho, i creia que no seria cosa de cuidado, pero a las pocas horas ya me era imposible andar: el dolor era insoportable. Buscamos por ahí una casita donde reposar, i allí me curaron, i pasé una noche infernal. La anterior con todos sus horrores era un paraíso comparado con ella. Tenia atravesada una bala debajo del homoplato del brazo derecho. Vino mi escelente amigo el doctor V.....i me la estrajo al otro día, i me alhagó con esperanzas de pronta convalecencia.

Así he pasado los primeros quince dias, i despues me vine a Guáduas, por ver si acabo de reponerme. Tengo horas en que la herida del brazo no me atormenta; pero no hai alguna en que deje de despedazarme el acerbo dolor de la herida del corazon. El buen sentido ha sido despreciado por mí, la moral ofendida, la relijion ultrajada, las leyes violadas, el amor olvidado, un amigo ha quedado en el campo, i su sombra i el remordimiento no me dejan descansar. Ya quisiera morir. Compadéceme.—
Teodomiro.

— XII —

DE TEODOMIRO A PEPE

Guaduas, 21 de enero de 1852.

Desde aquella funesta mañana, en que al disparo de una pistola, huyó la felicidad que se albergaba en mi pecho, i se desvanecieron como el humo los soberbios palacios que alzara mi atrevida imajinacion, arrastro aquí, mi querido Pepe, unos dias de mortal congoja. Es verdad que ya no esperimento aquel ímpetu primero, rabioso i frenético de la desesperacion; pero todavía mis sueños son perturbados por funestas visiones: duermo algunas horas, como alguna cosa, i aun he podido dar algunos cortos paseos solitarios. El aire del campo me aprovecha; lo conozco, pero estoi estenuado, pálido, débil. Ayer me acerqué a la orilla de un riachuelo, que llaman *El Limonal*, i me pareció que estaba viendo un cadáver retratado en las aguas. Oh! Si Carolina me viera, creo que no podria conocerme, pues en mes i medio me he aventajado en términos que mis cabellos se han encanecido, i mis mejillas marchitas i hundidas muestran por fuera el violento estrago de las pasiones. No he tenido valor para escribirle pues me figuro que me mirará como un asesino, i si llegara el caso creo que ella teme quedarse sola conmigo en una pieza; porque he derramado la sangre de un hombre, la de un hombre valiente i estimable bajo muchos respetos. Espero que esplores el campo, i que me digas si ya pasó el primer arranque del sentimiento en ese pecho virjinal que he despedazado bárbaramente a sabiendas, solo por ceder a un puntillo de honra, a una opinion reprobada por el sentido comun i por nuestra santa relijion.

En uno de mis paseos solitarios compuse los versos que hallarás adjuntos. Pensando en ella los compuse, i están impregnados de tristeza! Cuando acabes de leerlos, quémalos; porque son versos tristes, disparatados, i sin objeto. Ellos servirán solamente para que conozcas el estado de postracion en que se halla tu pobre amigo.

Luego que me reponga, me preparo a volar al lado de Carolina, i a llorar a sus pies el pecado que, por su amor i por su beldad, he cometido la disculpa está en mi juventud; i me persuado que ella al verme tan triste i tan desventurado, me devolverá su dulcísima amistad. Sospecho que no haya muerto el amor en su pecho; pero si lo estuviere, yo sabré reanimarlo con la sinceridad de mi arrepentimiento i con las lágrimas que derramaré en su presencia, como las que he vertido lejos de ella por tan infausto suceso. Una vez disipado aquel recuerdo funestísimo, hablaré seriamente a D. Gaspar, i le pediré la mano de su hija. El brillante estado de mi fortuna, i nuestras antiguas relaciones de familia, me hacen esperar que no será desatendida mi peticion. Entónces nos casaremos, i realizados mis intereses, me iré para la quinta que he comprado en las orillas del lago de Jinebra, a curarme de tanta angustia bajo otro cielo, llevando por compañero ese ángel consolador, ese ángel de Dios.

No temo las persecuciones de la policía en este país; pues no habrá quienes depongan contra mí por semejante duelo, efectuado sin testigos i en lugar apartado. Supongo que la muerte de Roberto habrá hecho mucho ruido en los primeros días, como sucede en todas las ciudades populosas, en que hai turbas hambrientas de noticias para entretener su ociosidad; mas, a la vuelta de ocho dias nadie se habrá acordado del desdichado. En los primeros momentos muchas alharacas, despues el olvido. Asi sucede en todas partes, en Bogotá mas que en ninguna otra ciudad; porque como que el carácter de sus habitantes participa de las beleidades admosféricas.

Me molesta bastante una tos que sufro, la cual me arrecia por las noches, i eso me tiene con mucho cuidado, i me estorba para escribir mas largo. Espero que me dispenses, i me informes circunstanciadamente de todo lo que haya ocurrido por allá.

Tu fiel *Teodomiro*.

EL PORVENIR

A CAROLINA!

— I —

*¡Quién pudiera rasgar el denso velo,
Que esconde el porvenir! Oh! ¡quién pudiera
Saber si oculta un estrellado cielo,
O si en sombras envuelve una quimera!
Qué tormento es dudar! qué desconsuelo!
Vive tan solo quien viviendo espera...
Sin un rayo de luz en noche oscura,
¿Quién arriba a una playa mal segura?*

*De lágrimas tal vez oculta un río
El negro porvenir tempestuoso,
O la copa quizá que el lábio mío
Quiere libar frenético i ansioso.
¡Tal vez de algún sepulcro el mármol frío
Entre sus sombras vela misterioso,
I en vez de la sonrisa de la suerte
Llega el amargo día de mi muerte!*

*¡Qué sé yo lo que guarda entre su seno
Tan lóbrego i oscuro!... Porfiando
Quisiera ver si es piélago sereno,
O mar que lucha en tempestad bramando.
Si es sol que nace de esperanza lleno,
O luna que se pone menguando,
Entre el horror de la tiniebla oscura,
Como se pone el sol de la hermosura.*

*Quisiera yo saber si tu cariño,
Que como verde planta crece ahora,
Ha de acabar, como perece un niño
A quien su madre inconsolable llora.
I a eso no mas no pienses que me ciño,
Mas quisiera saber: Oye, Señora,
(I aunque te arranque una jovial sonrisa),
Es una voz que pasa cual la brisa.*

*Quisiera yo bajar de nuestra vida
La rápida corriente, i las arenas
De aquel inmenso mar, que se apellida
Eternidad, ya libre de cadenas,
Surcar sin dilacion... i mi florida
Edad de amor, i la de duras penas
Por un momento contemplar ansioso,
I enternecido palpar de gozo;*

*O palpando uno i otro desengaño
Mirar del mundo la figura vana
I deslizarse un día, un mes, un año,
Como una sombra rápida i liviana;
I viendo tal mudanza "Nada extraño,
Decir, alzando mi cabeza ufana:
Todo es una ilusion, una quimera.
I de una nube sombra pasajera".*

— II —

*Porque ora luces como el astro bello
Que se baña en los mares de Occidente,
Porque ora juegan con tu enhiesto cuello
Tus negras trenzas de ébano luciente,*

*Porque ora mata el lánguido destello
De tus ojos, ¡muestras la alba frente
De juventud ceñidas ¡ frescas rosas.
I eres bella entre todas las hermosas.*

*Ah! todos te bendicen. Pero viene,
Viene pausadamente caminando
De la vejez el día. Los colores
Se borran de tu faz, tus negros ojos
Pierden su brillo, encanecidos veo
Esos cabellos que adorara un día,
I de tanta belleza solo queda...
Quién lo dijera? una fugaz memoria.
I es que próximo estando a disolverse
El polvo busca de la madre tierra,
Ese que lo brotó seno fecundo.*

*Caen las rosas, vendabal furioso
Sus hojas barre; la risueña fuente
Convertida en raudas, o en hondo río
Al mar se avanza ¡ piérdese en su seno:
Bajan las sombras, se oscurece el día,
Que entre celajes de oro el sol se pone,
I una hueca tiniebla ocupa todo,
El campo de la luz.....
.....
.....*

— XIII —

DE UN AMIGO A PEPE

Guaduas, 28 de febrero de 1852.

Amigo ¡ señor de todo mi aprecio.—Penoso es dar a U. las noticias que me pide en su apreciable, fecha 26 del corriente; mas, supuesto que lo desea, procuraré describirle, lo mejor que me fuere dable, los últimos momentos de Teodomiro, su querido amigo.

El llegó al *Alto del Trigo* el 5 de enero del próximo pasado. Al siguiente día, recibí una esquelita escrita con lápiz, en que me suplicaba pasase a verlo, escusándose con mucha urbanidad de lo que llamaba su atrevimiento, diciéndome que sabia que U. ¡ yo teníamos buena amistad. Inmediatamente pasé a verlo: cuando llegué estaba almorzando. Me dijo que estaba sufriendo hacia días de un fuerte dolor de espaldas, a que se agregaba una tos mui importuna que le molestaba, sobre todo por las noches: que deseaba permanecer por algun tiempo en las inmediaciones de Guaduas, pues le gustaban mucho estos campos; pero que queria vivir *incógnito*, sin ser visitado de nadie, con escepcion de un médico de Bogotá que vendria a verlo de cuando en cuando, de Elias, su criado, ¡ de mí. Añadió: que Elias era exelente cocinero, hombre de toda su confianza, ¡ que no le faltaria la asistencia necesaria teniéndolo a su lado: me su-

plicó que le buscara una casita que tuviera una hermosa vista ácia el llano; i que no reparara en gastos, pues no le faltaban proporciones i deseaba ahorrarse molestias, pasando la temporada lo mejor que fuera posible.

Despues de haber conversado, por una media hora, acerca de la vida del campo, i de otros objetos indiferentes, me despedí; prometiéndole que cumpliria su recomendacion i que volveria a la tarde a darle razon. En efecto, encontré una casita mui aseada, e hize llevar a ella, cama, mesa, taburetes i demas muebles que crei necesarios; i volví, trayendo las llaves, a ofrecerle mi compañía para instalarlo en su nueva habitacion. Salimos a las ocho de la noche del Alto del Trigo, i llegamos a la susodicha casa despues de una hora: él trató de acostarse a descansar, i yo me despedí.

Tuve el gusto de tratarlo con mucha frecuencia, i algunos días solia hacerle hasta tres visitas; pero de ordinario le hacia compañía por la noche. El gustaba de que le leyera, por lo regular en la Biblia, de la cual habia solicitado yo un ejemplar en casa del Señor Cura. Esto me hace provecho: cuando U. me lee bastante, duermo tranquilo, solia decirme. Aunque soi poco observador, notaba en él una mortal tristeza, i trataba por lo mismo de inspirarle valor, poniéndole de manifiesto que su juventud triunfaria de sus dolencias; pero él de dia en dia estaba mas amilanado. Salia a pasear algunas veces, i Elias lo acompañaba a cierta distancia; volvía a la casa i se ponía a escribir, se acostaba despues en la hamaca, se levantaba i se recostaba en la cama, luego se sentaba en la silla; se paseaba por el cuarto, volvía a tomar la hamaca; echándose de ver a las claras que el dolor que sufría no lo dejaba descansar. Me dijo que tenia un sedal en la espalda, i que Elias se lo curaba.

Vino a verlo dos ocasiones un médico de Bogotá, en ámbas lo halló con calentura. Por los estragos que visiblemente iba haciendo aquella enfermedad, infería yo cuán agudos serian los dolores que el jóven padecia, pues a él no se le escapaba ni un jemido, ni una queja. Era tan bondadoso, tan afable, tenía unos modales tan esquisitos, que las horas que pasaba en su compañía se me hacian momentos. De dia en dia me iba ganando el afecto, i a lo último llegué a quererlo de veras, interesándome vivamente por su suerte. Conversaba con calma i con filosofia, mezclando siempre en todos sus discursos el nombre de Dios i el de la Reina del Cielo, mostrando que estaba arrepentido con sinceridad de los estravios de su juventud; como si hubiera recibido uno de aquellos golpes, con que la Providencia, por caminos desconocidos, aparta de sus estravios a los pobres mortales. ¡Qué estravios serian los suyos! era un jóven mui feliz por su educación, por sus riquezas, i por su cristiano modo de pensar. Yo esperaba confiadamente en su perfecto restablecimiento.

El jueves por la tarde mandó a buscarme. Al punto de verme me dijo que se sentia mui mal; que en la noche anterior habia sufrido un ataque al pecho, tan violento que habia creído no amanecer con vida. Soi cristiano, prosiguió diciendome con una sonrisa, i quiero lavar con las aguas de la penitencia mis vestidos viejos. Sirvase U. llamarme al Señor Cura: ya me he estado preparando hace algunos días. Espero tranquilizarme, pues le confieso a U. que necesito de tranquilidad. Me decia esto

con aquella injenua sonrisa que dejaba traslucir una alma no pervertida aun, i en la cual los sanos principios relijiosos habian echado profundas raices, sin que los viajes con todas sus disipaciones, ni las riquezas con todo su brillo, hubieran podido apagar la luz de la fé, ni agotar el mantial de la esperanza. El Señor Cura vino por la tarde, el jóven se confesó largamente, i yo me quedé a acompañarlo aquella noche i las siguientes.

El viérnes por la mañana volvió el sacerdote, i siguió la obra de reconciliacion empezada. Cuando quedamos solos, me dijo el señor Teodomiro: estoi mui contento, porque se me ha quitado de encima del corazon un grande peso: ahora, si vivo, la vida me será mas dulce; i si muero, la muerte no será tan amarga: deseo recibir la santa Eucaristía; pero le suplico que se interese a fin de que la administracion sea en privado.

Por la tarde vino el sacerdote con el Santo Viático. Antes de que entrara a la pequeña sala, su amigo se habia arrodillado i lloraba con tanta ternura que nos hacia llorar a Elias i a mí. El sacerdote entró i puso sobre una mesa, que habiamos adornado con flores del campo, una caja de oro en que estaba guardado el pan de los ánjeles. Preguntó al enfermo si queria reconciliarse de alguna cosa: entónces el señor Teodomiro dijo que no. El sol declinaba ácia el occidente, i la sala parecia iluminada con un resplandor indescribible. Mi corazon estaba profundamente conmovido, al ver derramar tantas lágrimas de verdadero arrepentimiento a un joven tan interesante, que besaba la tierra con humildad, cuando el sacerdote, alzando la hostia consagrada, le repetia: "*He aquí el que quita los pecados del mundo*".

Despues de la comunión el señor Teodomiro siguió arrodillado, elevando su corazon al cielo en accion de gracias. Yo salí con el Señor Cura para acompañarlo algunas cuadras, cuando oimos que Elias nos llamaba, i nos apresuramos a volver, sospechando que le hubiera repetido el accidente... Ah! Señor. El jóven habia muerto.

Estendimos una estera de Chingalé, i pusimos encima el cuerpo, vestido como estaba, con una blusa blanca de lino, un pantalon azul, i sus botas de charol: le apoyamos la cabeza en unas almohadas: abrimos las ventanas, i el viento sacudia los cabellos encanecidos de un jóven de 26 años, cuya frente doraba con sus rayos el sol que se escondia entre las nubes del poniente.

El sacerdote rezó en voz baja por largo rato.

Elias i yo llorábamos...

El sábadó se hizo el entierro con aquella sencillez filosófica que él apetecia. Ayudé a cargar el féretro, i una turba de mujeres que iba detras lloraba compadecida la muerte de un jóven tan bien parecido. ¡Su corazon era mas hermoso, i yo solo le conocia! Señalé el lugar de la sepultura con una cruz de madera.

Elias, que sigue para esa, lleva con esta carta un cronómetro con las iniciales del difunto, diez i ocho onzas de oro que habia en su bolsa, dos caballos i la ropa de D. Teodomiro.

Soi de U. obsecuente servidor i amigo Q. B. S. M.

Bogotá, 20 de febrero de 1853.

¿En dónde podré yo derramar una lágrima, sino es en tu seno? Abre-me, pues, los brazos de la amistad, Anita, déjame llorar, porque hoi es el aniversario de la muerte de Teodomiro.

Roberto cayó en el sitio del combate!... Teodomiro espiró poco despues en Guáduas. Ambos murieron por mí... ámbos me amaban; i hoi, si derramando toda la sangre que hace palpitar mi corazon pudiera alzarlos del sepulcro i volverles la vida, la derramaría de buena gana; i el uno viviera para las dulzuras de la amistad, el otro para las delicias del amor. Pero ya es tarde!!!!

Ha pasado un año! Año de luto, de tristeza i de remordimiento para el alma. Año en que he derramado mis lágrimas en silencio, o he tenido que contenerlas por el bien parecer; año en que las flores que coronaban mi frente han sido arrebatadas por el soplo impetuoso de las pasiones. Deja, déjame llorar, Anita, sobre tu seno!

Los que me conocen, dirán que estoi nadando en felicidades, porque me ven jóven, robusta, no mal parecida, con alguna educación; i sabiendo que soi hija de buenos padres, que tienen comodidad, si se fijan en mi, cuando paso por la Calle del Prado, en mi linda carretela, tirada por cuatro hermosos caballos, finjiendo una sonrisa delante de esa juventud que se inclina para saludarme con el sombrero en la mano, habrán dicho o dirán: "*qué feliz es esta Carolina! qué le falta?*"

Qué me falta? Ai cielos! Qué me falta?... Me falta la paz del corazon ¿i de qué sirven, sin ella, las riquezas, el lujo, i los placeres que encuentro al paso? ¿De qué las flores que arrojan a mis piés, i que cojo distraida, sino tienen olor? ¿de qué la música i los bailes i los convites tantas caricias i tantos elojios, cuando el corazon está muerto, i la sonrisa que vaga por mis labios es como la de aquellos infelices, que se hielan en la cumbre nevada del Tolima? El corazon vierte sangre de una herida profunda, i me falta lo principal... me falta la esperanza, pues mis primeros amores se escondieron en un sepulcro. Me falta lo principal; i sin embargo la sociedad engañada, dice: "*esta Carolina es mui feliz*", i me señala con el dedo. Así son los fallos equivocados de la opinion! ¡Cuántas señoritas bogotanas se hallarán tal vez en circunstancias parecidas! Pero ninguna ciertamente será tan desgraciada como yo... Ninguna!

I lo que me atormenta, i me desgarrá el corazon, es pensar que (sin quererlo) fui yo la causa de tantas desgracias. Si: yo tuve la culpa!

No tengo necesidad de vindicarme en tu presencia, pues supiste desde el principio, cuan inocente era mi amor, mi primer amor de diez i ocho años. Amaba a Teodomiro con sinceridad; pero no tuve bastante firmeza de carácter para desengañar desde luego a Roberto; i él apasionado, to-

maba por señales de amor las cariñosas manifestaciones del mas sencillo afecto; i se creyó correspondido, porque lo distinguía como a buen amigo, por falta de valor para desengañarlo de sus pretensiones. I, apesar de toda mi inocencia, mi conducta, (equivocada contra mi intencion) confundíendose con lo que llaman *coquetería*, fué la que produjo el desacuerdo de dos jóvenes tan interesantes.

Bien sabes, Anita, cuál ha sido mi vida en todo el curso de este año fatal, procurando esconder mi pena, porque no se contristarán mis padres, que hasta la fecha ignoran los incidentes i las consecuencias de aquel duelo maldito.

Por las noches, cuando me encierro a llorar en mi gabinete, me parece que veo delante de mí dos jóvenes, que se miran de hito en hito asediándose las pistolas, i como aguardando la hora de disparar.

El viento sacude los hermosos cabellos del uno, que está pálido i triste, i revuelve la capa del otro que fija en aquel su mirada amenazadora. Me paso la mano por la frente i vuelvo a otro lado la cabeza, para desterrar aquella funesta vision, pero al abrir los ojos veo en otra parte una casita de paja, que corona una colina sobre un risueño valle, i al mismo tiempo descubro un joven melancólico que está mirando el poniente del sol. Me levanto, me paséo; i a poco rato vuelvo a ver aquella misma casa, i en la sala, tendido sobre la tierra, un joven que parece dormido, con los pies juntos i las manos cruzadas sobre el pecho.

Anita! Ese joven tiene las mismas facciones i la misma sonrisa de Teodomiro! Yo me vuelvo loca!

Corro entónces como desesperada a postrarme de rodillas delante de la virgen de los Dolores; i a fijar mis ojos en aquella celestial figura que muestra el pecho atravesado con una espada, i de cuyos ojos se desprenden lágrimas, que no se atreverían a recoger en sus alas los ángeles del cielo, continuó llorando en larga oracion. Entónces se cambia mi dolor en una vaga melancolía, pues la Santísima Virgen suele mandarme un rayo de consuelo por entre las sombras de tanto infortunio, i elevándose mi alma a rejiones desconocidas, veo desde allá, horrorizada, el polvo del mundo todo lleno de sepulcros.

¿Qué se hicieron mis sueños de oro en las orillas del lago de Jinebra? ¿Dónde está aquella felicidad doméstica que me prometía una venturosa union? ¿dónde aquella barca que se habia de deslizar al soplo de la brisa que enrizará levemente las ondas? ¿dónde están los jardines en que habia de pasearse pensativo el romántico trovador que cantara mi hermosura? ¿dónde están aquellos hijos a quienes debia enseñar a pronunciar el nombre de Dios, besando amorosa sus rosadas mejillas? ¿dónde está Teodomiro, dónde? Que se hizo mi felicidad? Porque no estás tú en Bogotá, mi querida Anita? Yo me vuelvo loca!

He abandonado mis estudios, no he vuelto a tocar una tecla del piano, los canarios se murieron hace meses, las tazas de flores se marchitaron, las chanzas de Felipa me fastidian, el paseo me disgusta, las tertulias me

enfadan, la lectura me enoja; i si por la fuerza me veo precisada a hacer alguna visita, prefiero salir de saya de raso negro, que imita un poco el traje de luto, que conviene a una *jóven indiscreta*, que no tuvo valor para decirle a un enamorado: "Usted es mi amigo, pero sepa que tengo dada mi palabra i que me casaré mui pronto; no se resienta usted por mi franqueza, pues no teniendo mas que un corazon, no puedo tener dos palabras, ni dos amores". Ah! Si hubiera hablado así, a su debido tiempo ¡qué de males se hubieran evitado! Ahora en vez de la negra nube que se rasgó sobre mi cabeza, veria un cielo azul sin manchas, un porvenir hermoso, i no tendría que suspirar por su tranquilidad, tu desgraciada amiga,

Carolina!